

Bestiarios.
Silva de varia invención



Carlos Gómez Carro
COORDINADOR
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA
IT Imágenes del Tiempo

Carlos Gómez Carro

Prólogo. Epifanía de la bestia

Páginas 11-14

En:

Bestiarios. Silva de varia invención / Carlos Gómez Carro, coordinador; ilustraciones de Guzo; obra gráfica de Nicolás Amoroso y Maximino Javier. Ciudad de México: Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Azcapotzalco, 2021. Colección Imágenes del tiempo; 2 <http://hdl.handle.net/11191/9695>

ISBN 978-607-28-2158-3

Universidad
Autónoma
Metropolitana



Casa abierta al tiempo **Azcapotzalco**

Universidad Autónoma Metropolitana
Unidad Azcapotzalco

CSH
División
de Ciencias
Sociales y
Humanidades

División de
Ciencias Sociales y Humanidades

Humanidades

Departamento de Humanidades



Excepto si se señala otra cosa, la licencia del ítem se describe como
Atribución-NoComercial-SinDerivadas

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/>

PRÓLOGO

EPIFANÍA DE LA BESTIA

Me puedo ver solo (una conciencia transversal y diacrónica me examina con intensidad). Contemplo una pantalla cintilante en blanco y negro (así eran los televisores a comienzos de los sesenta). Soy –era– entonces un niño cercano a la adolescencia. Sentado en el piso, con las piernas cruzadas, observo y escucho atento. Descubro el azoro. El mío y el de la imagen reflejada. Veo las escenas finales de la película *La mosca* (*The Fly*, 1958). El personaje central de la cinta se ha convertido en un repulsivo insecto, no tanto por ser insecto, sino porque aún conserva su diminuta cabeza humana (menor aun que las famosas reducciones hechas en el Brasil amazónico), producto de un fallido experimento científico. Una distopía, pues, que nos hace recordar el experimento del Dr. Frankenstein, la creación de un Golem, de un Pinocho o la rebelión en el paraíso por el ángel caído. La mosca se encuentra atrapada en la pegajosa tela que una araña ha concebido, paciente, entre dos muros. La cabeza humana contempla, con paroxismo, hasta límites desorbitados su inescrupuloso final. Su grito ‘*help me*’ lo compartía con él, afligido (uñas en los dientes), ante la difusa pantalla; todavía me estremece. No sabía que, años después, en mi ahora (que ignoro si será mi después) construiría la convicción de que la condición esencial del ser humano es la metamorfosis.

Somos una fáustica metamorfosis. Es cierto que la vida es así. El gusano se transforma en mariposa; el caracol, con su baba, construye su morada, al punto de que esa residencia mutará en él, él será su obra. Con nosotros hay un proceso distinto, nos integramos a lo que no somos, para ejecutar una simbiosis con el otro. El anciano que recordamos con el bastón y sus gafas (es con sus férulas a cuestas) o Manuela en bicicleta, como apuntara Facundo Cabral. El telescopio es extensión de nuestros ojos; la espada o la pluma, de la mano; el libro de nuestra memoria e imaginación apuntaba Borges. Y como el caracol, para el escritor, un libro se convierte en su anhelo de inmortalidad al revivir en cada uno de sus lectores. Renace en cada lectura. Tal vez busquemos la vida eterna, la exacerbación y multiplicación de nuestros sentidos hasta límites desconocidos (de ahí la fama de la cocaína y no otra cosa), en la invención de ex-

tensiones de nuestro organismo primario (libros, espejos, vehículos), de aditamentos que nos multipliquen, que nos permitan el acceso prohibido a mundos desconocidos que nos ahonden aún más en la curiosidad depositada en el mundo circundante, hasta reconocernos en la intimidad minuciosa –anhelo edípico– de su fábrica permanente. Lo que nos lleve a la contemplación ecuánime y soterrada (Ortega y Gasset de por medio) de que somos lo que somos y todo lo que nos rodea. No ser ya la mosca humanizada, sino con la araña y su tela que succiona la cabeza de su víctima. Una síntesis.

La propaganda que sigue en el aparato eléctrico me lleva, no a mí, quien escribe, sino al que fui de niño a apagar el televisor y regresar a mi mundo físico de entonces (me contemplo atónito). Mis hermanos ya dormidos, mi madre en otra habitación, que funge como cocina, platica con mi hermana mayor. Ellas tampoco duermen. Me asomo por una pequeña ventana que comunica ambas habitaciones y, después de unos momentos, me descubren. Cenar *hot cakes* (no los he probado nunca y desconozco su nombre aún) que los hacen con un estilo muy propio, tanto que no se parecen, en realidad, a los que venden en las ferias o en los restaurantes. Imaginan que me han despertado con el deseo de compartir con ellas ese bocado y no el miedo a la araña a la que le he cerrado la entrada.

En mí ahora también me veo tecleando esto que apunto. Es una máquina electrónica con la que interactúo. Ella soy yo y yo soy ella. Somos. No estoy solo en este acto: millones lo hacen, y el equipo electrónico que sea lo han convertido en extensión suya y ellos son parte de su dueño. El universo entero transita a través del teclado, lo que se ha dado en llamar hipertexto. El mundo es una extensión mía y yo una extensión del mundo. La cabeza, quizás, de una hiperaraña. No somos dueños de nuestros textos, sino arqueólogos de una extraña galaxia que apenas comenzamos a adivinar. Para ello, se multiplican las teorías conspirativas acerca del Gran Hermano que, desde un equipo central (a quien cree domar), controla la mente de cada uno de nosotros y nos devora, cual insectos atrapados en una viscosa tela.

Ya no soy solo un espectador, como en esa escena de los días infantiles, sino que mis pensamientos, convertidos en lenguaje, fascinante elucubración humana, se desplazan en este teclado que amplía y continúa mi ser con el ser que voy siendo. Me explico. Esa mosca con cabeza humana, producto del fallido experimento del que su autor no sabía sus consecuencias, como aquel otro, mítico, de la manzana del árbol del conocimiento que, al devorarla, nos mutó en la especie que ahora somos. Digamos que ahora soy, como muchos, un accidente mitológico o de laboratorio en el que la computadora donde escribo esto se fusiona por momentos conmigo y ella y yo somos elementos modulares de un nuevo yo, producto de esa metamorfosis; es una simbiosis la que escribe, quien me escribe, nuevo Prometeo, y convierte el humo en palabras electrónicas, las palabras en conceptos y los conceptos en ejercicios de magia pura como el lenguaje que los crea. El lenguaje, siempre etéreo.

Piezas de un mecano exuberante, nos multiplicamos en medio de un apocalipsis de lo antes conocido. Como señalando hacia el cielo inerte: en la naturaleza ya no nos reconocemos y esa es la tragedia del mundo contemporáneo. Un mecano que concebimos en la intimidad de la razón apriorística. En esa extraña mutación en la que el arte dejó de imitar a la realidad, sino que la realidad imita al arte; ya lo habría intuido Wilde.

Podemos reconstruir a través de ese ejercicio meramente mental, los orígenes de la especie. El animal que fuimos y que, de algún modo, aún habita en nuestro interior (el gusto por la sangre aún es primordial en nuestro ejercicio diario de supervivencia), perdió el bosque en donde habitaba. Advertía Heidegger que ahora solo merecemos, quizás, un claro en el bosque: la ciudad o eso que llamamos civilización.

Incapaces de sobrevivir en este nuevo mundo distópico –en nuestro eterno retorno al que, incesantes y rutinarios, regresamos. Descubrir “nuevos mundos” se ha convertido en nuestro mayor entretenimiento existencial– sin árboles y sin los frutos de esos árboles, en nuestros orígenes (quizás varios) se apareció de incógnito el dilema: morir o meta-

morfosearnos en aquellos que sí podían habitar ese nuevo, imposible, nuevo mundo. Animales en vuelo, devoradores pertinaces, raudas gacelas. Vertiginosos habitantes de bestiarios fascinantes y circulares. Simultáneamente, depredados y depredadores. Quisimos ser ellos. Hombres águila y tigre, centauros, ninfas del bosque o de los lagos, cíclopes alegóricos, mujeres araña o encabalgadas en rectas escobas, sirenas u ondinas, bicéfalos, hombres lobo, nosferatus, andróginos, nahuales, minotauros. Criaturas invención de nuestra perenne metamorfosis. Del asombro frente al otro pasamos a la asimilación del otro. Ser con el otro, ser con el mundo. La última frontera, la relatividad de la mecánica cuántica y el principio de incertidumbre. El río subterráneo aparece en nuestro mapa. De los orígenes en el claro del bosque al cintilar del Cosmos.

La interrogante es cómo apareció entre nosotros el lenguaje, clave de este proceso de asimilación del otro que es nuestra perenne metamorfosis. En el claro del bosque tuvimos que imitar a colmillos de sable (recordemos la saga de Jack London) y a otros depredadores, e inventamos el cuchillo a modo de colmillo, cobijarnos con la piel del asno o del oso de las estepas, para emplearlas de cobijo o en el templo improvisado. Rodear el cuello de nuestras compañeras con los colmillos del lobo que cazamos y enseñamos a cazar con nosotros. Los cuernos del alce o la calavera del líder muerto se convirtieron en los símbolos de esa mutación: la del sacerdote que hablaba en nombre del dios de la transformación universal. Pero ¿el lenguaje de dónde?

La combinatoria de 22 fonemas recrea el universo entero, un mundo paralelo. Una figura del mundo señalaba –he insistido en ello– Wittgenstein. El lenguaje es nuestro espejo; nuestro y del mundo. Y al figurarlo lo transformamos, no se queda en mera figura, sino que modifica el mundo empírico: con signos modificamos el entorno. Recordaba Fernando Savater una escena del *Orlando furioso*, en la que luchan, vigorosos, una hechicera y un mago. Viéndose perdida, ella emplea una antigua estrategia femenina, su dolida voz, para doblegar al atento enemigo.

Lo despoja de su instrumento de lucha. En realidad, es un anciano y su única arma un libro. Extensión, decíamos, de la memoria y el conocimiento. En el lenguaje acumulamos ese conocimiento, de ahí que la biblioteca fuera durante siglos la férula de nuestro conocimiento y su memoria. La memoria del mundo. Imaginemos, por un momento, el fuego destructor de la biblioteca de Alejandría. Fue la destrucción del Cosmos.

Según Desmond Morris, en nuestra humanidad la lengua natural aparece al mismo tiempo que el cuerpo erguido en dos extremidades (modificación estructural de la cadera), la pérdida del pelaje protector del clima en otros mamíferos (había que atizar el atractivo corporal), la oposición del pulgar a los otros dedos (imprescindible para el empleo y elaboración de herramientas), la ampliación generosa del cerebro, un miembro masculino más grande que el de los demás primates, la gestación del orgasmo femenino, especialmente. Todo a la vez ¿o no? A lo largo de milenios pudieron ocurrir ensayos fallidos de humanidad (la historia registra apenas los últimos diez mil años y la prehistoria sus rastros antropológicos encubiertos en vestigios) hasta llegar a lo que somos. Seres ansiosos por ser otro. El coito se vuelve una metáfora de quien penetra el mundo. Hembra y macho son su otro yo en la culminación del orgasmo.

En la creación del ser humano por él mismo, se producen dos trazas. La primera implica la entelequia aristotélica en la que el ser aspira a la expresión máxima de sus posibilidades apolíneas. El atleta que, acucioso, se esmera en el entrenamiento para conseguir la mejor marca o la chica que mira las posibilidades de alcanzar su esplendor físico a partir de rigurosas rutinas en aparatos gimnásticos. La otra es la idea que Nietzsche fija de que el humano es solo una etapa de su ser, de sus posibilidades, del superhombre. Empleamos para ello, aditamentos o ingerimos sustancias que, al modo del Doctor Jekyll, modifican la estructura molecular de nuestro cuerpo. Aspiramos a ser la bestia que, poco a poco, se va embelleciendo ante nuestros incrédulos ojos. ¿Qué haría el ser humano actual sin esos aditamentos que llamamos me-

dicinas, creadas por el inescrupuloso capitalismo, que permiten el alargamiento de nuestras vidas? Immanuel Kant describía, en la segunda edición de su *Crítica a la razón pura*, sus planes para el futuro inmediato, pues lo apuraba la sensación de su muerte próxima. “A la avanzada edad de 63 años”, escribe.

Quizás, un alto nivel de colesterol proliferaba en sus arterias y disminuía sus capacidades respiratorias, aunado a un supremo cansancio, en un hombre que se había distinguido por su impecable disciplina –la gente ajustaba sus relojes al verlo pasar rumbo a la universidad–, le avisaban de su pronto destino inevitable. Si hubiera tenido al alcance un fármaco de la familia de las estatinas, por ejemplo, tan usual ahora (diabólica invención de la modernidad), le habría proporcionado algunos años más de vida para consolidar algunos de sus proyectos filosóficos que quedaron en propuestas sugerentes. Pero esas estatinas quizás son solo el anuncio de otros tratamientos que prolonguen la vida humana hasta límites que, por lo pronto, establecen una edad que ronda los 122 años como límite, según algunos estudios acerca del tema. Pero aunado al incipiente empleo de células madre será posible la regeneración de cualquier parte de nuestro cuerpo, de nuestro cuerpo entero; incluso se conseguiría la superación de sus límites temporales y físicos. Incluida la posibilidad de la vida eterna. El triunfo de la bestia sobre el ser humano, al menos como lo hemos conocido. Solo que ahora, a diferencia de todo nuestro pasado, se trataría de una bestia electrónica, capaz de fusionarse con lo que somos (si es que lo seguimos siendo) y abrirse con ello las compuertas de lo que llamaremos paraíso u otra distopía.

Lo que advertimos en este libro es una glosa heterogénea de lo que hasta ahora hemos avistado. La ansiedad deseosa, cuando no temeraria de fundirnos en el ser de otros. Toros, vampiros, caballos, peces, águilas o tigres que trasciendan nuestra debilidad innata. De ahí el homenaje constante que hacemos, a través de pinturas, filmes o libros, de seres portentosos, aunque sanguinarios (chupamos la sangre del universo mismo). Pues al perder

el bosque nació en nosotros una sed inextinguible por la sangre. Los bestiarios aquí reunidos expresan la variopinta imaginación de esas metamorfosis que, en ocasiones, le damos un carácter de divinas.

El libro se quiso como un tarot, un adivinatorio que erra y acierta, como la adivinanza planteada a Edipo por la Esfinge, se completa con las ilustraciones respectivas. Obras de la imaginación literaria, conjuntada con la imaginación que provee el ensayo (especulación teórica y metódica). De ahí que, por ello, tal inventiva sea una “silva de varia invención”. Esperemos que el viaje por el libro sea revisado como una “rayuela”, es decir, comenzar por donde el apetito dicte, al modo del ser –ente crucificado en un altar secularizado– que, en medio de una mesa o sala quirúrgica para ávidos comensales, cocido y cálido, se nos muestra a nuestros incisivos, molares y lengua, ya modificados por hábitos milenarios. Sin más, advertamos que la sinestesia propuesta en el color ilustrativo tiene inciertos efectos en el paladar y en el oído, cuando no en el olfato y el tacto (sentidos de la imaginación y la conciencia). Disfrutemos de este halago a la inteligencia abierta.

CARLOS GÓMEZ CARRO
DEPARTAMENTO DE HUMANIDADES
UAM AZCAPOTZALCO